

Un hilo de araña

Ryunosuke Akutagawa

Un día, Shakya-muni vagaba solo por el borde del lago de lotos en el Paraíso. Todas las flores de loto florecidas en el lago eran blancas como perlas y desde el corazón dorado de su centro se derramaba constantemente un aroma indescriptiblemente dulce. Era de mañana en el Paraíso.

Luego Shakya-muni se detuvo descuidadamente a la orilla del lago y contempló el paisaje subacuático que se distinguía entre las hojas de loto que cubrían la superficie del agua. Abajo del lago de lotos del Paraíso se encontraba el fondo del Infierno, así que se veía allí claramente, a través del agua diáfana como cuarzo, el paisaje del Río de Sanzu* y de la Montaña de Agujas,** como quien atisbara un espectáculo.

La mirada de Shakya-muni captó en el fondo del Infierno a un hombre llamado Kandata que se retorció como gusano junto con otros réprobos. Este hombre, Kandata, era un ladrón, condenado por crímenes tales como asesinar e incendiar casas; sin embargo, tenía un acto bueno, aunque sólo uno, que se le pudiera tomar en cuenta. Un día, cuando pasaba por un bosque espeso, encontró a una araña en su camino. Kandata pensó pisarla inmediatamente y levantó el pie; pero en seguida reflexionó: —No, no. Esta, por pequeña que sea, debe conservar la vida. Es demasiado cruel quitársela sin razón. . . Y no la mató.

Al mirar el paisaje del Infierno, Shakya-muni se acordó de que este Kandata una vez había salvado la vida de una araña, y pensó si sería posible sacarlo del Infierno en recompensa de esa obra buena. Afortunadamente encontró a su lado una araña que hilaba su hermosa tela plateada encima de una de las hojas de loto de color de jade. Shakya-muni tomó en su mano con suavidad el hilo, y lo dejó pender directamente hacia abajo, hasta el fondo del Infierno que se veía lejos entre las flores blancas de loto, redondas como perlas.

II

Se trata de Kandata, que junto con otros criminales estaba flotando y hundiéndose en el Estanque de Sangre que se encuentra en el fondo del Infierno. Como quiera, todo estaba dominado por una tiniebla absoluta; cuando se alcanzaba a distinguir algo que surgía vagamente de la oscuridad, era la temible Montaña de Agujas, que emitía reflejos ominosos. El desconsuelo no tenía comparación. Además, se mantenía allí un silencio de muerte, como en un cementerio, y el único sonido audible era el suspiro débil de los criminales. Los hombres caídos allí estaban ya fatigados con los suplicios infernales y parecía que no les quedaban ni siquiera fuerzas para llorar. Por eso, hasta Kandata, ladrón condenado, sofocándose en la sangre del estanque, sólo se estremecía como una rana medio muerta.

En un momento en que Kandata alzó la cabeza sin pensar y



Versión por Atsuko Tanabe en colaboración con Isabel Fraire.

* *Río de Sanzu*. Es un río que según la religión budista existe en el otro mundo. En él hay tres vados con corrientes más o menos veloces. Los muertos son designados a cada una de esas corrientes, de acuerdo con sus actos anteriores a la muerte.

** *Montaña de Agujas*. En el Infierno budista, los pecadores, descalzos, son correteados por los demonios a través de esta montaña que tiene innumerables agujas plantadas con la punta hacia arriba.



miró el cielo del Estanque de Sangre, vio en medio de la penumbra silenciosa, saliendo del cielo lejano, una raya de hilo delgado que se deslizaba hacia abajo, donde él estaba, reluciente como plata, como temeroso de ser visto. Al descubrirlo Kandata se alegró dando palmadas.

Seguramente si trepaba hasta donde se acababa el hilo, asíéndole a él, podría salir con éxito del Infierno. No solamente, sino que con un poco de suerte hasta podría entrar al Paraíso. Entonces ya no sería nunca más correteado a la Montaña de Agujas ni sumergido en el Estanque de Sangre.

Así pensó, e inmediatamente empezó a trepar hacia arriba con toda su fuerza jalando hacia sí el hilo con las dos manos. Originalmente había sido un ladrón, de manera que estaba acostumbrado a esta clase de trabajo.

Sin embargo, como la distancia entre el Infierno y el Paraíso era miles de leguas, no era fácil llegar hasta arriba, aunque iba de prisa. A media subida Kandata se cansó por fin y ya no podía seguir jalando ni una brazada más. Así que intentó descansar por un rato y miró hacia abajo, balanceándose en la mitad del hilo.

El Estanque de Sangre donde hasta hacía poco estaba él mismo había quedado oculto, sin que él lo advirtiera, en el fondo de la oscuridad. Pensó que valía la pena haber subido con tanto empeño. También aquella temible Montaña de Agujas que emitía reflejos vagos quedaba bajo sus pies. Si podía trepar con esa rapidez, probablemente escaparía del Infierno con mayor facilidad de lo que se había imaginado. Abrazado al hilo, Kandata soltó carcajadas con una voz tan fuerte como no lo había hecho por varios años, desde que viniera al Infierno.

—Bien, bien... Sin embargo, en ese momento se percató de que, en la parte inferior del hilo, un sinfín de condenados seguían sus huellas y trepaban con ahinco por el hilo, como si fueran una procesión de hormigas. Al ver eso, Kandata se quedó espantado y temeroso, con la boca abierta como un tonto, moviendo sólo los globos de ojos. Un finísimo hilo que apenas sostenía una sola persona, ¿cómo podría aguantar el peso de tantos hombres? Y si

acaso se rompiera a la mitad, él mismo, el más importante de todos, que había subido hasta allí, caería de cabeza otra vez en el Infierno. La situación era grave. Mientras, los cientos y miles de réprobos trepaban pululando en cola por el hilo delgado que brillaba desde el fondo del oscuro Estanque de Sangre. Había que tomar algún remedio; si no, el hilo se rompería en dos pedazos.

De modo que Kandata vociferó:

— ¡Malditos condenados! Este hilo de araña es mío. ¿De quién sacásteis el permiso para subir por él? ¡Bajad, bajad!

En ese instante el hilo, que había soportado todo sin dificultad alguna, se rompió súbitamente crepitando justo en el punto en donde colgaba Kandata. Kandata no pudo evitarlo. Cuando hubo gritado “¡Ah!”, cayó de cabeza a través del aire hasta el fondo de la oscuridad, en un parpadeo, girando como un peón. En el lugar en donde había colgado Kandata, sólo quedaba un trozo de hilo de araña del Paraíso, finísimo, brillando en medio del cielo sin luna ni estrellas.

III

Shakya-muni, parado en la orilla del lago de lotos del Paraíso, contemplaba todo el proceso; cuando Kandata cayó al fondo del Estanque de Sangre como una piedra, puso una cara triste y volvió a vagar por allí. Quizás a Shakya-muni le parecía imprudente el corazón cruel de Kandata, que había tratado de escapar del Infierno sin abandonar su egoísmo y recibió por ello un castigo justo, cayendo de nuevo en el Infierno.

Sin embargo, los lotos del lago del Paraíso eran indiferentes a tal acontecimiento. Esas flores blancas como perlas mecían su cuello alrededor de los pies de Shakya-muni, derramando constantemente un dulce aroma indescriptible desde su corazón dorado. En el Paraíso sería ya cerca del mediodía.

(16 de abril de 1918)